

horizontes lejanos de contornos inciertos,
y a su lado... unos ojos que quisieran dar vida
inundando de luz sus pobres ojos muertos.
Y la voz misteriosa repetía
con cruel ironía:
¡Sufre de tu destino los antojos
que no se hizo la luz para tus ojos!

III

Torpes los movimientos, la piel rugosa y fría,
junto al fuego, el anciano, la madeja deslía
de sus gratos recuerdos y dulces emociones.
¡Recordar... es la vida de viejos corazones!
Aquel juguete nuevo de construcción extraña;
aquel amor inmenso que amante le acompaña
a través de la vida y hasta la misma muerte
(¡que sólo les separa por ser esta más fuerte!)
Privado desde niño de la luz de sus ojos
nunca pudo admirar los bellos labios rojos,
ni el oro del cabello de la mujer amada,
ni ofrecerle alma y vida sólo en una mirada.
No vió salir el sol en mañanas radiantes,
ni contempló la noche de estrellas rutilantes.
Flores, pájaros, nubes, todo cuanto en la vida
es admirable y sumo y a extasiarse convida;
ni los lagos tranquilos, ni la mar encrespada,
sus pupilas serenas ¡no gozaron de nada!...
Y una voz celestial le repetía
en su triste agonía:
«¡No temas del destino los antojos
porque la luz de Dios
llenará de fulgores la noche de tus ojos!»

ELADIA MONTESINO

Yo también le he conocido...

Para César González Ruano.



un Abogado madrileño, ni muy endiosado ni muy zurupeto pero sí lleno de experiencia, de malicia curialesca, de conocimiento de la vida en todos sus matices y de cuentecillos y anécdotas de varios colores, que le habían rodeado de simpatía y popularidad, le oí decir:

—Los mejores pleitos hay que buscarlos en los mostradores de las tasas y en las plataformas de los tranvías.

Efectivamente: no es en los salones de la alta sociedad ni en las aulas docentes donde suelen saltar como las liebres ante la escopeta del cazador, las piezas ¡buenas piezas, por cierto! de la aventura y el litigio, ni los tipos populares, fanfarrones y buscarruidos tras los cuales en no pocas ocasiones, aparece, como pariente: como amigo: como valedor, la figura eminente o cuando menos popular, cuyos pormenores e intimidades siempre interesa conocer. Para ello hay que brujulear, como aconsejaba mi amigo, por colmados, por churrerías, por las calles misteriosas y abandonadas de los barrios extremos o por las rúas con solera histórica.

Algo de esto pude yo observar en el bufete por mí frecuentado en mis últimos años escolares, por el que desfilaba una no despreciable clientela, entre la que distinguí a tipos, a documentos humanos verdaderamente deliciosos. En este momento se me destacan en la memoria dos Antonios: Don Antonio Tarazona y don Antonio Mazpule. El primero era astrónomo, Director del Observatorio de Madrid, verdadero sabio de comedia de Pascua, vestido con una ropa holgadísimas que le hacía buches y arrugas por todas partes tan distraído, que era de esos que mojan la pluma en la caja de cerillas y se guardan el tintero en el bolsillo; cada dos por tres iba a evacuar una necesidad menor, de manera que estaba más tiempo en los pasillos que en la consulta, por cuya razón se habían hecho populares entre la servidumbre sus gafas de cristales tan grandes como ruedas de bicicleta y sus revueltas barbas de perro grifón. Y el segundo era un andaluz, ganadero de reses bravas, harto corto de talla, en extremo gordo, con la cabeza sin cuello, redonda y pelada como una bola del Puente de Toledo o como un pisapapeles; le habían puesto un pleito que él quería transigir, y le decía a su Letrado:

—Mi alma, a ver si nos pone usted «alicórdeles».

* * *

E igualmente tuvieron entrada en el despacho de mi Jefe, la alegría del Circo con el Clon Francisco Pichel, que de zagal había ido

a la escuela con mi maestro; y el brillo de los caireles con el matorral de toros, madrileño, Valentín Martín, padrino en la tauromaquia de «El Chico de la Blusa»; y la sal y el salero de la raza cañi con el «toacor» de guitarra Ramón Montoya. Y el enervante casca-bele, el letal aroma de la zarzuelilla picaresca con las pimpantes figulinas de las cuatro tiples «sicalípticas», como las bautizó Félix Limendoux con un «camelo» que ha hecho fortuna.

Las cuatro tiples aludidas eran Pepita Sevilla, Antonia de Cachavera, Elvira Lafont y Ascensión Méndez, que fueron procesadas por el Fiscal de S. M. por delitos contra la moral, cometidos por ellas durante la representación de «La diosa del placer», obrita estrenada en el Circo de Price en la temporada de género alegre que se inauguró con «La manzana de oro», opereta picantita, picantita, pero de cierto empaque por sus fuentes de origen: el rapto de Elena, el juicio de París, la manzana de la discordia, etcétera.

* * *

Pero la visita que más sensación me causó fué cuando me vi cara a cara con Vicente Blasco Ibáñez, el genial novelista de «La barraca», el único novelista de aquellas fechas con vitola de universalidad. Pues yo, admirado González Ruano, también conocí a Blasco Ibáñez.

Fué por conducto de un hombre que había luchado mucho por la vida y con mano dura, acostumbrada a maniobrar recio, pegada a un brazo duro y a un corazón audaz y pronto a toda reacción que latía dentro de un cuerpo de estatura aventajada, achulapado, flamencote, poco distinguido, rematado por una cabeza expresiva, cubierta de pelo intensamente rojo como el fuerte bigote bajo el cual ardía constantemente un largo cigarro puro ensortijado y oloroso.

Todo este conjunto respondía al nombre de Pepe Villarroya, un «ché» de historia larga de contar. Había sido en Valencia funcionario municipal de varia manera y categoría. En una de estas fases fué recaudador de aquel Ayuntamiento. Parece ser que no se dió cuenta exacta de las obligaciones de su cargo y, por distracción acaso, se creyó que obraba por cuenta propia y se guardaba íntegras cuantas liquidaciones caían en sus manos de domador de la vida; o también pudo ser que le mezclasen en una estratagema de tipo caciquil. El caso es que al ser procesado se acordó de su amigo y paisano, le entregó su asunto y el Jurado le puso en la calle primero; en el Ayuntamiento de Valencia, después. Pero Pepe ya no estaba a gusto en su antiguo cargo, y después de unas elecciones para Concejales, que ganaron los republicanos de la ciudad del Turia, fué nombrado representante de aquel Municipio en la aún Corte de España.

Donde se instaló en un piso bajo de la calle de las Huertas, apeadero del gran don Vicente Blasco Ibáñez, cuando se presentaba en Madrid.

Vicente Blasco era hijo de padre no valenciano y sí aragonés, que se llamaba don Gaspar Blasco Teruel. Era Maestro de Escuela. Hermano de este don Gaspar fué don Rafael, magnífico poeta, inmejorable periodista, hombre donosísimo y condescendiente, bohemio sempiterno, al que una noche atracaron unos rateros al salir del teatro para robarle la capa y todo lo que llevase encima; y como consiguiera a fuerza de saliva y de ingenio que le acompañasen a casa para, una vez allí, entregarles la capa cuando ya estuviese libre de los rigores de la noche invernal, al ver los cacos que vivía en una guardilla y sin más ropa que la puesta; que tenía por todo lecho un jergón tirado en el suelo, y por todo alumbrado una vela de sebo metida, embutida en una botella, se compadecieron de él y le entregaron cuanto llevaban encima. Cuando sentó la cabeza y demostró al gran escritor que llevaba encima, se casó y tuvo de este matrimonio una hija llamada María, en grado extremo religiosa, que andando el tiempo había de matrimoniarse con su primo Vicente, con el que vivió hasta su muerte, que ocurrió en el hotel conyugal de la calle del Pinar, junto al Paseo de la Castellana. Vicente ya había destacado claramente su perfil revolucionario. Pero María Blasco de Blasco seguía siendo tan religiosa como siempre y tenía sus habitaciones llenas de imágenes y estampas piadosas.

Desde que Pepe Villarroya, al que sus íntimos llamaban «el rojo» por el color encendido de su pelo, reanudó sus antiguas amistades con su paisano y Letrado defensor, Vicente Blasco, siempre con Pepe, no espaciaba tampoco sus visitas al bufete, pues en compañía de Villarroya vivió hasta que se estableció en Madrid ya de asiento en el aludido hotelito de la calle del Pinar, que tenía, como motivo ornamental, unas veletas en las que, en lugar del consabido gallo o de la flecha consabida, había un pescador de caña, en recuerdo de don Ramón Sánchez Pescador, Aparejador de obras, constructor del inmueble.

Blasco Ibáñez, que era más bien alto, grueso, barbudo (por aquel entonces) y con el pelo ya ralito y ensortijado, tenía el aire del clásico pirata mediterráneo, sobre todo cuando se le veía en su hogar, o en la editorial del Horno de la Mata o en el pabellón de estudio de su hotel, por donde andaba con su gorro colorado de tipo turco. Era muy dejado, muy indiferente para su persona, hasta el punto de que Villarroya se tenía que encargarse de comprarle los calcetines y las camisas, mientras que el buen periodista republicano Luis Morote, el de la barba de azabache, le proveía de chalecos y de corbatas como las que él usaba que han pasado a la historia del periodismo patrio y que Blasco se metía en el bolsillo en cuanto que montaba en el tren, de regreso para sus lares levantinos. Cuando entraba en nuestra Oficina teníamos que ir los pasantes detrás de él, que por donde pasaba lo arrasaba todo como un vendaval; se desabrochaba el amplio abrigo, bajaba los brazos y le dejaba caer al suelo. Con el bastón y el sombrero hacía lo mismo: donde caían; dejaba las colillas de sus puros en cualquier sitio, menos en el cenicero; y escupía en cualquiera parte, menos donde debía hacerlo. Hablando era fácil,

pintoresco, arrebatador, latino. Construía como en «la terreta», con muchas trasposiciones en el uso de las preposiciones y muchos modismos regionales; y su conversación la esmaltaba de esas interjecciones mal sonantes, con eñes y con jotas, que tanto abundan en mi rico idioma castellano como en su dialecto natal.

¡El trabajo que le costaría a aquel hombre pulir su oratoria en el Parlamento!

* * *

Yo llegué a tener gran amistad con él, del que sólo me separaban diez y ocho años de edad; le leía todo lo que yo escribía y con su visto bueno se me publicaba. Por aquel entonces ya estaba dándole vueltas en el meollo a su viaje de «colonización» a América y su vuelta al mundo. Frecuentemente nos decía al hablar de sus proyectos:

—Estáis acostumbrados a decir Vicente, Vicente, y no sabéis ni se os ocurre pensar que Vicente va a tener todo el dinero que quiera.

En aquel mismo hotelito del que salía Blasco Ibáñez «doblando a Cristóbal Colón», entró Consuelito Bello, «Fornarina», nuestra gentil cupletista de rango internacional; la frágil muñequita de ámbar que falleció en pleno éxito y plena juventud, días después de «haber visto» en la Cibeles, cara a cara, a la muerte que se cruzó con ella mirándola intensamente desde los cojines de un lujoso landó.

Consuelito; con un extraño frío, le dijo a su hermana:

—¿Has visto? ¡Es la muerte!

¡Y lo era!

* * *

La primera vez que me comprometí a hablar en público (y lo hice muy mal entonces como sigo haciéndolo todavía en las pocas veces que me he vuelto a ver en igual caso), traté de esta figura literaria en un Ateneo privado, como quien dice: en un Ateneo de vía estrecha o un Ateneo para casa de los padres, que teníamos montado unos cuantos estudiantes en un piso segundo de la casa número doce de la calle del Conde de Xiquena, en Madrid.

Porque yo, admirado y generoso González Ruano, no sólo conocí a Blasco Ibáñez, sino que conocí también al número doce de la calle del Conde de Xiquena, a Manolo Núñez de Arenas, y a su bella e inteligente hermana Luz, descendientes de Espronceda por la rama de los Escosura.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



PAGINA POETICA

DE FERNANDO BRAVO

SOLO TENGO AMOR...

(Villancico)

Para mis hijos Eugenio, M.^o de Altagracia
Amelia y Miguel A. Vicente Bravo Marcos.

I

Quién fuera Mago
o quién pastor,
para que mi halago
tuviera valor.

II

Si vais los pastores
cantando a Belén
con puros loores...
Yo ¿qué cantaré?
¿qué?

Magos, si dais oro,
mirra, incienso y fe,
al Niño que adoro...
Yo ¿qué le daré?
¿qué?

III

¡Quién fuera Mago
o quién pastor!
Para hacerle pago
¡sólo tengo amor!

OCULTO SENTIDO

I

Oír lo que ya escucharon,
mirar lo que otros han visto,
aspirar el mismo aroma,
andar iguales caminos...

Monótona cantinela
la vida, con sus sentidos.

II

Para ser un hombre más
atado al número cinco
—cinco esclavos de la carne—
yo no os quiero que os maldigo.

III

Encierro dentro de mí
un fiel, secreto sentido,
que me levanta hasta Dios
si más y más me limito;
que me entrega el mundo virgen
de todo pecado limpio.

Es el amor.

¡La intuición del infinito!

